Keith Li

Kids against cancer



Most of my earliest memories of fighting cancer were stays at the hospital, some good, some bad. From playing Diego Safari Rescue on the communal Wii to enduring the pain and weakness after each round of chemo, the hospital was the backdrop to my childhood. I didn't know it then, but I was one of the lucky ones. I would survive the ordeal and get to leave the hospital. My journey through this war was not an easy one, my body and mind were tested day in and day out as each treatment demanded something different from me.

With radiation therapy, it was largely mental; I would be sedated and the process itself was the most painful. I would get on the bed and be stuck with a needle. As the medicine entered my bloodstream, I would try to scream and gasp for air while all my muscles tensed up as if I was being electrocuted. Then, in an instant, everything would go dark; I would lose all feeling and all hearing, but I was still conscious. I would float in this abyss of darkness for what seemed like a mere ten seconds before my consciousness would be pulled from this limbo back into my body. Then I slowly came to, in a completely different room with completely different nurses. That was my life, week after week, for months.

As for chemotherapy, the losses were largely physical: my hair, my appetite, even the color in my skin. I carried around a portable chemo infusion pump like an extra appendage attached to my heart. There would be times when I would walk away forgetting my pump, and the pull from the wire would send a wave of pain through my body. I remember waking up some days with so much pain that I wanted nothing more than to be asleep once more.

Those days/nights are in the past now but I think back to them every so often, and I am reminded of how many others didn't make it. I am reminded that for every triumphant victory, there are somber losses. Among those we lost was Moises, a man whose devotion to God and service to others left a lasting legacy. His passing, along with the loss of so many others, brought me to a question I struggled to answer: Why me? Why, out of everyone, including people who had done so much more than I had, was I spared? These questions swarmed my mind as I fell into a deep depression. Why did God save me? To this day, I have not found a definitive answer. I think of all the good Moises brought into this world, and I cannot help but wonder why someone like him was taken while I was allowed to live.

After struggling with those thoughts for years, I began to find an answer in early middle school. After church service one Sunday, I asked my pastor why I was saved from this disease that many fell to. He answered by turning to 2 Corinthians 4:16–18. He reassured me that though from the outside it seemed that those who passed away were suffering, many were but ascending to a better place. I thought about it for a moment and found a bit of peace in my heart for those whose outcomes I had once considered worse than mine. I began to find comfort in believing that although their time on earth had ended, they had found peace in God's presence.

He then read to me 2 Corinthians 1:3-5. He explained that my survival was not a coincidence, that it was ordained by God so that I may live to find the church and his word, and that it was now my responsibility to pass the good word of God to my fellow brethren. I think about what he said to this day. I think about whether I am living according to God's teachings and whether I have done enough to help those around me. I still ask myself if I've done a good enough job spreading the word of God yet, but through all my questioning, I ultimately know that through reading Scripture and prayer, God will lead me to where he wants me to go.

Although I may never know why some, like Moises, have left us while I am still here, I can find purpose in the life God has given me. As we honor Moises and the way he honored God, I hope to learn from the example he set and continue his legacy through service to others and spreading the word of God.

Keith Li

Niños contra el cáncer



La mayoría de mis recuerdos de mi lucha contra el cáncer son del hospital, algunos buenos, otros malos. Desde jugar a *Diego Safari Rescue* en el Nintendo Wii en el cuarto comunitario hasta soportar el dolor y la debilidad después de cada ciclo de quimioterapia, el hospital fue el escenario de mi infancia. En ese entonces no lo sabía, pero yo era uno de los afortunados. Sobreviviría a esa prueba dura y podría salir del hospital. Mi experiencia durante esta guerra no fue fácil; mi cuerpo y mi mente se vieron puestos a prueba día tras día, ya que cada tratamiento me exigía algo diferente.

Con la radioterapia, era una batalla mental; me sedaban y lo más doloroso era el proceso en sí. Las enfermeras me acostaban en la camilla y al inyectarme, sentía el dolor en mis venas. Intentaba gritar y jadeaba en busca de aire mientras todos mis músculos se tensaban como si me estuvieran electrocutando. Luego, en un instante, todo se oscurecía; perdía toda sensación y no oía nada, pero seguía consciente. Flotaba en ese abismo de oscuridad durante lo que parecían apenas diez segundos, antes de que mi conciencia fuera arrastrada desde ese limbo de vuelta a mi cuerpo. Luego, poco a poco, recuperaba el sentido en una habitación completamente diferente, con diferentes enfermeras. Así fue mi vida, semana tras semana, durante meses.

En cuanto a la quimioterapia, las pérdidas fueron físicas: mi cabello, mi apetito, incluso el color de mi piel. Llevaba conmigo una bomba portátil de infusión como si fuera un apéndice más unido a mi corazón. Había momentos en los que me alejaba olvidándome de la bomba, y el tirón del cable me provocaba una oleada de dolor por todo el cuerpo. Recuerdo despertando algunos días con tanto dolor que lo único que deseaba era volver a dormirme.

Esos días/noches ya son cosa del pasado, pero de vez en cuando los recuerdo y me viene a la mente cuántos otros no lograron sobrevivir. Me doy cuenta de que, por cada victoria triunfal, hay pérdidas tristes. Entre los que perdimos fue Moisés, un hombre con tanta devoción a Dios y servicio a los demás. Su fallecimiento, junto con la pérdida de tantos otros, me llevó a una pregunta que me costaba responder: ¿Por qué yo? ¿Por qué, de entre todos, incluso de personas que habían hecho tanto, yo sobreviví? Estas preguntas se agolpaban en mi mente mientras caía en una profunda depresión. ¿Por qué Dios me salvó? Hasta el día de hoy, no he encontrado una respuesta definitiva. Pienso en todo el bien que Moisés trajo a este mundo, y no puedo evitar preguntarme por qué Dios se llevó a alguien como él mientras a mí se me permitió seguir viviendo.

Después de luchar con estos pensamientos por mucho tiempo, comencé a encontrar una respuesta a los años. Un domingo, después del servicio, le pregunté a mi pastor por qué me había salvado de esta enfermedad que se llevó a tantos. Él respondió recurriendo a 2 Corintios 4:16–18. Me aseguró que, aunque desde afuera pareciera que quienes fallecieron estaban sufriendo, muchos simplemente estaban ascendiendo a un lugar mejor. Lo pensé por buen tiempo y encontré un poco de paz en mi corazón por aquellos cuyas situaciones que en algún momento había considerado peores que la mía. Empecé a encontrar consuelo al creer que, aunque su tiempo en la tierra había llegado a su fin, habían encontrado paz en la presencia de Dios.

Luego mi pastor leyó 2 Corintios 1:3-5. Me explicó que mi supervivencia no había sido una coincidencia, que había sido dispuesta por Dios para que pudiera vivir y encontrar la iglesia y su palabra, y que ahora era mi responsabilidad es compartir el evangelio a mis amistades. Hasta el día de hoy sigo pensando en lo que me dijo. Me pregunto si estoy viviendo de acuerdo con las enseñanzas de Dios y si he hecho lo suficiente para ayudar a quienes me rodean. Todavía me pregunto si he hecho un buen trabajo compartiendo la palabra de Dios, pero a pesar de todas mis dudas, en el fondo sé que, a través de la lectura de las Escrituras y la oración, Dios me guiará hacia donde Él quiere que vaya. Aunque tal vez nunca llegue a saber por qué algunos, como Moisés, se fueron mientras yo sigo aquí, puedo encontrar un propósito en la vida que Dios me ha dado. Al honrar a Moisés y la forma en que él honró a Dios, espero aprender del ejemplo que dejó y continuar su legado a través del servicio a la gente necesitada y compartiendo la palabra de Dios.